

PAUL VÁLERY

POLÍTICA DEL ESPÍRITU

s e r i e c e r o

Índice

Nota introductoria	7
Prefacio a las <i>Cartas persas</i>	13
Reflexiones sobre la inteligencia	27
A propósito del progreso	53
Breve carta sobre los mitos	63
La política del espíritu	73
Discurso de la historia	105
Carta sobre la sociedad de los espíritus	119
Sobre la dictadura	131
La libertad del espíritu	139

Nota introductoria

Hacia 1932, invitado a disertar sobre las convulsiones que sacudían el continente europeo, Paul Valéry evocaba la experiencia vivida a bordo de un barco integrado en una escuadra de guerra. El convoy, formado por acorazados recién contruidos, destructores y sumergibles, navegaba rumbo a Brest cuando, en las inmediaciones de la isla de Sein, se vio repentinamente envuelto por una niebla espesa. En cuestión de minutos, aquellos prodigios de la ingeniería moderna —ciudades flotantes gobernadas por oficiales y científicos con los instrumentos de medición más precisos que la técnica humana había concebido jamás— quedaron reducidos a una completa inmovilidad. Perdidos entre arrecifes invisibles, a merced de las corrientes, un solo golpe contra un escollo oculto hubiera bastado para enviar al fondo toneladas de blindaje y artillería.

La imagen sintetiza el diagnóstico medular que atraviesa los ensayos reunidos en este volumen: el espectáculo de una civilización provista de un equi-

pamiento sofisticadísimo, paralizada por la opacidad del medio en el que se desplaza; una sociedad dotada de poderes inéditos sobre la materia y el espacio, radicalmente incapaz de gobernar las consecuencias de sus propias creaciones.



El marco temporal en el que se inscriben los ensayos reunidos en este volumen —publicados entre 1924 y 1939— es el de una Europa en descomposición. Median apenas quince años, pero en ese breve intervalo se desvanecieron una tras otra todas las viejas certidumbres de la cultura decimonónica. La crisis del 29, el ascenso de los totalitarismos, la militarización del discurso civil, la sensación asfixiante de que la historia entraba en un régimen de aceleración incontrolable... Tales son algunos de los elementos del paisaje que conforman estos textos, un paisaje que no nos es ajeno hoy.

El modo en que Valéry interroga la catástrofe que tiene delante evita alusiones coyunturales. Su mirada parece apuntar a causas profundas. Ya en el prólogo a Montesquieu de 1924 formula una intuición capital: la sociedad humana no se sostiene en la pura fuerza material ni en la coacción ejercida sobre los cuerpos, sino en un vasto y delicado «edificio de ficciones». La civilización es un entramado fiduciario de símbolos, convenciones, ceremonias e imágenes compartidas —el Templo, el Trono, el Tribunal, la Palabra— que logran apaciguar la brutalidad originaria de la especie. El or-

den no es una propiedad natural del mundo, sino un artificio, una red de hechizos que sólo pervive mientras los hombres den crédito a sus signos. La tragedia sobreviene, precisamente, cuando ese crédito se agota.



Sin ánimo de ser exhaustivos, quisiéramos señalar algunos motivos que justifican la vigencia de los pensamientos de Valéry que hoy presentamos ante nuestros lectores.

Valéry advierte que la aceleración tecnológica y la idolatría del rendimiento material operan una mutación antropológica: la técnica convierte en provisional todo saber, disuelve las continuidades y desarticula las condiciones mismas de la contemplación y la memoria. «El desorden es nuestro punto de partida», constatará en 1932. Y ese desorden engendra una novedad psicológica inquietante: por primera vez en la historia, la mente humana se ve privada de la posibilidad de deducir el porvenir a partir de los datos disponibles para su escrutinio. Rotos los puentes con el pasado, el futuro deja de ser una representación imaginable para quedar solo como incógnita.

Valéry describe la mecánica psicológica por la cual, en momentos de perplejidad y bloqueo institucional, la masa fatigada renuncia a la complejidad del juicio colectivo y proyecta su deseo de salvación en la figura del «Único». Cuando la complejidad del mundo supera la capacidad media de comprensión, surge el anhelo de una mano fuerte, de una simplifi-

PREFACIO A LAS CARTAS PERSAS

1924

A Henri de Régnier

La deliciosa recopilación de las *Cartas persas* nos sume menos en sueños que en pensamientos. Quizás sea lícito que las reflexiones que tomaron a Montesquieu como pretexto se extiendan un poco más allá y busquen el fondo de su fantasía. Voy a divagar seriamente.

A

La sociedad se eleva desde la brutalidad hasta el orden. Puesto que la barbarie es la era del *hecho*, es necesario que la era del orden sea el imperio de las *ficciones*, ya que no hay poder capaz de fundar el orden solamente en la coacción de los cuerpos sobre los cuerpos. Hacen falta fuerzas ficticias.

B

El orden exige, por tanto, la *acción de la presencia de las cosas ausentes*, y es el resultado de la contrarrestación de los instintos por los ideales.

Se desarrolla un sistema fiduciario o convencional que introduce entre la gente vínculos y obstáculos imaginarios cuyos efectos son muy reales. Son esenciales para la sociedad.

Poco a poco, lo *sagrado*, lo *justo*, lo *legal*, lo *decente*, lo *loable* y sus contrarios se esbozan y cristalizan en los espíritus. El Templo, el Trono, el Tribunal, la Tribuna, el Teatro, monumentos de la coordinación, y algo así como signos geodésicos del orden, emergen progresivamente. El Tiempo mismo se recompone: los sacrificios, las audiencias, los espectáculos fijan las horas y las fechas colectivas. Los ritos, las formas, las costumbres completan el adiestramiento de los animales humanos, reprimen y limitan sus movimientos inmediatos. Las recaídas en sus instintos salvajes o irreductibles se vuelven poco a poco singulares e insignificantes. Pero el sistema solo subsiste gracias al poder de las imágenes y las palabras. Es indispensable para el orden que el hombre se sienta a punto de ser colgado cuando va a hacer algo que le convierta en merecedor de serlo. Si no concede gran crédito a esta imagen amenazante, pronto todo se derrumba.

C

El reino del orden, que es el de los símbolos y los signos, llega siempre a un desarme casi general, que comienza

por el abandono de las armas visibles y progresivamente se apodera de las voluntades. Las espadas se empuqueñecen y desaparecen, los temperamentos se suavizan. Nos alejamos imperceptiblemente de la época en la que dominaba el hecho. Bajo los nombres de *previsión* y de *tradición*, el futuro y el pasado, que son perspectivas imaginarias, subyugan y restringen el presente.

El mundo social nos parece entonces tan natural como la naturaleza, cuando en realidad solo se sostiene por la magia. ¿No es, en verdad, un edificio de hechizos ese sistema construido a base de escritos, palabras obedecidas, promesas cumplidas, imágenes eficaces, hábitos y convenciones, ficciones puras?

D

Este mundo de relaciones nos parece, por la costumbre, tan estable y espontáneo como el mundo físico; y aunque es obra de la humanidad, al ser su obra indivisible e inmemorial, no parece menos complejo y misterioso que ella. Me quito el sombrero, presto juramento, hago mil cosas extrañas cuyo origen es tan oculto como el de la materia. Incluso para nacer, morir o hacer el amor se requiere la intervención de una cantidad de cosas abstractas e impenetrables.

Con el tiempo, el mecanismo de una sociedad se ve envuelto en resortes tan indirectos, memorias tan confusas y artefactos compensadores tan numerosos que uno se pierde en una trama de prescripciones y relaciones inextricables. La vida del pueblo ordenado está tejida por la proliferación de vínculos, la mayo-

ría de los cuales se pierden en la historia y solo se anudaron en las épocas más antiguas por circunstancias que nunca volverán a repetirse. Nadie conoce ya su recorrido ni puede seguir sus hilos.

E

Una vez que el orden está establecido —es decir, cuando la realidad está suficientemente disfrazada y la bestia suficientemente domesticada—, la libertad del espíritu se vuelve posible.

En el orden, poco a poco, las mentes se fortalecen. Al amparo de las seguridades establecidas y gracias a la desaparición de las razones que justifican la actuación, los espíritus que se levantan y se sacuden solo perciben las molestias o la rareza de las costumbres de la sociedad. El olvido de las condiciones y premisas del orden social se ha consumado, y este olvido es casi siempre más rápido en aquellos a quienes el orden más ha servido o favorecido.

F

El espíritu, tanto más desligado de las profundas exigencias del orden cuanto más eficazmente logran dispensarlo de pensar en ellas, se embriaga con sus relativas comodidades, juega con sus propias luces y sus combinaciones puras.

Se atreve a especular sin tener en cuenta el sistema infinitamente complejo que lo hace tan independiente

de las cosas y tan ajeno a las necesidades primitivas. La evidencia le oculta el fondo. Entonces se desatan los razonamientos. El cuerpo se cree espíritu. Por todas partes surgen preguntas, burlas y teorías; unas y otras, usos de lo posible y ejercicios ilimitados de la palabra separada de los actos. Por todas partes centellea y funciona la crítica de los ideales que han dado a la inteligencia el ocio y las ocasiones para criticarlos.

Sin embargo, los instintos de conservación y perpetuación se agotan o se pervierten.

G

Es así que, por el desvío de las ideas y en el torbellino de su movimiento, el desorden y la *era del hecho* deben reaparecer y renacer a expensas del orden.

Este retorno a la era del hecho puede producirse a veces por un camino que no se había previsto, y el hombre puede volver a convertirse en un bárbaro de nueva especie como consecuencia inesperada de sus pensamientos más fuertes.

Hay quien considera actualmente que la conquista de las cosas por la ciencia positiva nos conduce o reconduce a la barbarie, si bien de forma laboriosa y con rigor. Pero es más temible que las antiguas barbaries por ser más exacta, más uniforme e infinitamente más poderosa. Volveríamos a la era de los hechos, pero de los *hechos científicos*.

Pero las sociedades se yerguen, por el contrario, sobre *cosas vagas*. Hasta ahora se han basado en nociones y entidades lo suficientemente misteriosas

como para que el alma rebelde nunca esté del todo segura de haberse librado de ellas y vacile en temer solo aquello que ve. Un tirano de Atenas, que fue un hombre profundo, decía que los dioses se inventaron para castigar los crímenes secretos.

Una sociedad que eliminase todo lo vago o irracional para someterse a lo mensurable y a lo verificable, ¿podría subsistir? El problema existe y nos apremia. La totalidad de los tiempos modernos muestra un crecimiento continuo de la precisión. Todo aquello que no es sensible no puede convertirse en preciso y, en cierto modo, queda rezagado respecto al resto. Se lo considerará, necesariamente, cada vez más vano e insignificante por contraste.

H

El orden siempre pesa sobre el individuo. El desorden hace que desee la policía o la muerte. Son dos circunstancias extremas en las que la naturaleza humana no se siente en su elemento. El individuo busca una época plenamente agradable, donde sea lo más libre y reciba la mayor ayuda posible. La encuentra hacia el comienzo del fin de un sistema social.

Así, entre el orden y el desorden impera un momento delicioso. Una vez adquirido todo el beneficio posible que proporciona el orden de poderes y deberes, es entonces cuando se puede disfrutar de los primeros relajamientos de este sistema. Las instituciones se mantienen todavía. Son grandes e imponentes. Pero sin que nada visible haya cambiado en ellas, ape-

nas cuentan con algo más que esa bella presencia; todas sus virtudes han sido ya consumadas, su futuro se ha agotado en secreto; su carácter ya no es sagrado, o bien no es nada más que sagrado; la crítica y el desprecio las debilitan y las vacían de toda utilidad inminente. El cuerpo social pierde lentamente su porvenir. Es la hora del disfrute y del dispendio general.

I

El final casi siempre suntuoso y voluptuoso de un edificio político se celebra con una iluminación en la que se gasta todo lo que hasta entonces se había temido consumir.

Los secretos de Estado, los particulares pudores, los pensamientos inconfesables, los sueños tanto tiempo reprimidos, las profundidades de seres sobreexcitados y alegremente desesperados son exhibidos y arrojados al espíritu público.

Una llama aún mágica, que se convertirá en incendio, se levanta y recorre la faz del mundo. Ilumina extrañamente la danza de los principios y de los recursos. Las costumbres y los patrimonios se funden. Los misterios y los tesoros se evaporan. El respeto se disipa y todas las cadenas ceden en este ardor de vida y muerte que crecerá hasta el delirio.

J

Si las Parcas concedieran a alguien la posibilidad de elegir entre todos los siglos conocidos aquel que más le